

# Un renacimiento de las letras

Emmanuel Carballo

*El pasado 20 de mayo Emmanuel Carballo, sin lugar a dudas el mayor crítico de las letras mexicanas actuales, recibió la medalla Alfonso Reyes que otorga la Universidad Autónoma de Nuevo León. El discurso que presentamos a continuación es ante todo una provocación a la lectura del autor de La visión de Anáhuac, para devolver a Alfonso Reyes al lugar que ocupa con justeza como uno de los más grandes autores y protagonistas de la literatura en nuestra lengua.*

Para mí la Universidad Autónoma de Nuevo León es una de mis dos casas de estudios entrañablemente queridas, la otra es la Universidad de Guadalajara, en la que cursé mis estudios superiores y de la que soy profesor emérito.

Hoy, y aquí, la Universidad Autónoma de Nuevo León me concede su reconocimiento académico mayor, la medalla Alfonso Reyes. Hoy, y aquí, digo a las personas presentes (rector, gobernador, maestros, escritores, estudiantes y amigos) que me siento completamente orgulloso de recibir esta medalla como un reconocimiento a mi efecto largamente probado por la Universidad Autónoma de Nuevo León y por la persona y la obra de Alfonso Reyes, uno de mis maestros, entre todos el más amado como persona y como infatigable hombre de letras.

Como elogio sencillo a don Alfonso recojo aquí unas cuantas líneas del libro *Personajes de Monterrey* (1991)

en las que el autor, desgraciadamente anónimo, dice con candor y justeza una gran verdad: Reyes “leyó tantos libros que si se deshojaran y acomodaran adecuadamente sus páginas podrían tapizar el Cerro de la Silla”. El entusiasmo aquí no está reñido con la ciencia.

Ahora paso a contar, en unas cuantas cuartillas, lo que pienso, siento e imagino al leer y releer a don Alfonso. Lo hago, ya ustedes lo saben, como un reconocimiento a la gente pensante de Nuevo León, en primer término la Universidad, por el cariño que me han manifestado a lo largo de estos últimos cincuenta años.

Analizar y juzgar los trabajos y los días de Alfonso Reyes a la luz de la muerte violenta de su padre, ser a quien amaba por encima de todas las cosas, es una tarea esclarecedora. La fecha de su muerte, el 9 de febrero de 1913, convierte al joven de veinticuatro años, hasta ese día visto como una criatura privilegiada por los más altos círculos sociales y políticos, en el hi-jo-del-traidor,

en el contrarre volucionario (su hermano Rodolfo conspira contra Madero y ocupa, después, importante cargo en el gobierno de Huerta), en el chivo expiatorio de los errores cometidos por su familia, primero en los tiempos de Porfirio Díaz y luego durante los inicios de la Revolución. Rehúsa el cargo de secretario particular que le ofrece Huerta y le acepta, en cambio, un puesto oscuro en el servicio exterior. Se aparta así de la *vendetta* mexicana y desde su refugio en Europa, a donde llega pobre y abatido, comienza a poner en claro sus ideas sobre el pasado inmediato y el sentido de su función como escritor. Se prohíbe tocar la historia actual de México (para evitarse complicaciones innecesarias) y dedica sus horas libres al estudio de Grecia, algunos de los clásicos españoles, Mallarmé, Goethe, temas y autores de su predilección desde varios años atrás. Así, por razones externas y no por voluntad propia, don Alfonso se traza un camino que lo conducirá al humanismo, a ser, como alguien lo llamó, el mexicano universal. Esta fecha, el 9 de febrero, por último, hizo de él un hombre en extremo sensible al juicio y la malevolencia de los demás. Si a su padre le debe ser escritor, a su padre le debe, también, una vida llena de sobresaltos, de sutilezas al escribir y de congijas al pensar.

Si la bibliografía de Reyes es una de las más extensas entre las de los escritores mexicanos de la primera mitad del siglo XX, es, también, una de las más breves. Las ciento y tantas papeletas que la integran están coherentemente asimiladas a un tema central: su vida y experiencias. Sus libros, así vistos, son pliegos dados a los lectores anticipadamente a la encuadernación en volumen de su monumental obra de recuerdos. En casi todos sus títulos resplandece la materia autobiográfica. He aquí un breve ejemplo, tomado de *Calendario* (1924). Escribe en “Romance viejo”, una de sus páginas más bellas:

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios.  
Desde que salí me gustan los recuerdos.

En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se desahizó la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron

...

Después, pasé el mar, a cuestras con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en el bolsillo del chaleco.

Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el sur, he venido a dar aquí, entre vosotros. [España].

Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo —a rastras con la mujer, el hijo, los libros— ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?

Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.



Alfonso Reyes con su esposa e hijo, 1918

Por los asuntos que trata, su obra podría resumirse en tres gruesos libros fundamentales: uno que englobara sus preocupaciones *éticas*, otro que se refiriera a los temas *estéticos* y, por fin, un último que contuviese lo que se podría llamar la *patética*. Esta clasificación tiene quizás algo de arbitraria.

A la pregunta que le hice (“¿Qué escribe actualmente?”) en una de nuestras frecuentes conversaciones, me dijo algo que complementa mi manera de mirar su obra:

¿Qué escribo? Escribo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Después, las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea artificial. Pero el trabajo mana de mí en un flujo no diferenciado y continuo. ¿Qué estoy escribiendo? He aquí lo que estoy escribiendo: mis ojos y mis manos, mi conciencia y mis sentidos, mi voluntad y mi representación; y estoy procurando traducir todo mi ser inconsciente en esa sustancia dura y ajena que es el lenguaje, y que por desgracia no fue hecha para tan delicada tarea. Mañana todo eso se llamará la novela de tal, la comedia de cual, el poema de esto y el ensayo sobre lo otro. Eso estoy escribiendo ahora.

A Reyes todo le preocupa y a todo le saca provecho. Una astilla al conjuro de su reflexión se convierte en árbol, un árbol en bosque... Leer a Reyes es una vergüenza y una alegría. Vergüenza porque nos percatamos de



México, 1924

nuestra lamentable exuberancia en el uso de las palabras, de nuestra propensión a concebir el estilo como adorno y no como necesidad, de nuestra falta de entusiasmo por lo que sucede en otros lugares. Alegría, porque en Reyes nuestros defectos más habituales se mudan en aciertos. De ser cierta la afirmación de que los escritores mexicanos suelen ser barrocos, Reyes no hubiera sido un escritor mexicano. Afortunadamente la afirmación no es confiable y Reyes es uno de nuestros clásicos.

Reyes no quiso ser un escritor para lectores subdesarrollados. Se dirigió al “hombre medio” de cierta evolución y ciertas rápidas respuestas cerebrales. Las palabras en su estilo, sin dejar de ser *naturalidad*, son ante todo *cultura*: moral, ciencia, arte. En otros términos, está persuadido del drama del hombre y del posible naufragio del mundo: es un “radiógrafo” no de la geografía sino de la historia; algo más, y no de la historia como accidente minúsculo sino como patrimonio común de todos los hombres.

Algo que vale la pena elogiar en la obra de Reyes, al margen de los géneros que habitualmente trabajó, son las cartas que comienza a escribir desde los años de aprendizaje. Si leemos las cartas de Reyes dirigidas a Pedro Henríquez Ureña, a Genaro Estrada, a Julio Torri y a otros escritores más jóvenes, advertimos que en ellas se suelta el pelo, dice lo que en sus textos públicos calla. En ellas (sobre todo a partir de los años veinte muerto ya su

padre) es un narrador en momentos excelente, uno de los más poderosos escritores de cartas de nuestro siglo XX.

Como ejemplo voy a referirme a un epistolario, el cruzado entre Reyes y Henríquez Ureña. Se trata de un conjunto de misivas de alta significación humana y artística, especie poco frecuentada en cualquier literatura.

De haber nacido en Francia, Italia, Inglaterra, incluso España, Pedro Henríquez Ureña sería un crítico lúcido, un filólogo con ideas más o menos propias, un gramático profundo y sin oscuridades premeditadas; pero nació en Santo Domingo, en la República Dominicana, y por ese motivo pocos lectores en los años diez del siglo pasado conocían su obra.

Para romper el aislamiento, don Pedro salta a Cuba, de allí viene a México (que será su segunda patria), viaja a los Estados Unidos y España y termina sus días en la Argentina. En México ayudó a formar una generación de escritores, la del Ateneo de la Juventud. Próximo a José Vasconcelos, a Martín Luis Guzmán, Julio Torri, con Reyes fue con quien mejor se entendió y al que más quiso.

Las primeras cartas entre los dos son las del maestro y el discípulo, de don Pedro y Alfonso; después al principio de la madurez de Reyes, son las cartas de Pedro y Alfonso; años más tarde son las cartas de Alfonso Reyes y el profesor Henríquez Ureña: don Alfonso principió a figurar entre los grandes escritores del idioma y don

Pedro no dio todo lo que de él se esperaba: sin embargo lo que nos heredó es valioso para la cultura de nuestros países.

En las cartas hablan de literatura, de religión, de política, de ciencia, de chismes literarios mexicanos y españoles, de los miembros de la generación del Ateneo, juegan a adivinar cómo serán ellos cuando llegue la vejez y la fama, se refieren a libros que están leyendo o han leído recientemente, de mujeres, de pecadillos cometidos por personas conocidas, murmuran su desaprobación ante ciertas actitudes asumidas por Jaime Torres Bodet y Julio Torri.

Estas cartas tienen mucho de prosa narrativa, de ensayo, de crónica, de historia menuda y, al estar redactadas por dos escritores para los cuales el idioma español tenía pocos secretos, constituyen una correspondencia de alto valor poco frecuente entre nosotros.

Alfonso Reyes es un centauro de los géneros: intercala el ensayo en la ficción y la ficción en el ensayo; la poesía en las memorias y las memorias en la poesía. Como Goethe, Reyes es inabarcable: "No acabamos de darle mate porque se nos sale del tablero... Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta. Él ha dado por consigna a su alma: ¡Fuego en toda la línea!".

Si algún día se me pidiese que redactara el plan de estudios para una escuela ideal de escritores pondría como materia progresiva, del primero al último semestre, el estudio pormenorizado y profundo de las estructuras que usa en los diversos géneros, el estilo y los propósitos de Alfonso Reyes, de la juventud a la madurez.

Los jóvenes aprenderían a escribir leyendo sus textos diáfanos y aparentemente sencillos. Reyes llegó a la diáfanidad y a la sencillez poco a poco, leyendo a los clásicos del pasado y el presente y, sobre todo, escribiendo cada día, con ganas o sin ellas, textos en los que desarrollaba sus temas predilectos. Reyes escribía con los dos cabos del lápiz: el que estampa signos en el papel y el que los borra.

En nuestro país, y ahora, Reyes es un escritor al que se cita con alguna frecuencia y casi nunca se lee. Quizá la culpa la tengan sus *Obras completas* (de las que somos culpables varias personas) que ahuyentan en vez de atraer a los posibles lectores. Veintitantos tomos son para el lector común y corriente un martirio y no un placer renovado y siempre vivo. Varios de esos tomos no debieron publicarse, contienen obras de escaso valor que en vez de prestigiar al autor lo desprestigian.

Creo que en tres o cuatro tomos, impresos en papel biblia y de más de mil páginas cada uno, cabrían los textos fundamentales de don Alfonso: dos o tres relatos, no más de veinte poemas, un poema dramático (*la Ifigenia cruel*) y numerosos ensayos y microensayos, algunos trabajos teóricos y de investigación, ciertos textos autobiográficos y una selección de sus cartas.

De esa manera, creo yo, se lograría que Reyes llegase a un público lector más amplio y que su manera de mirar el mundo obtuviera la simpatía de los escritores jóvenes, quienes probablemente hallarían en su obra a un hombre enamorado de la vida, del amor, de ciertos platos de las más diversas cocinas, de los libros (de los más sencillos como las novelas policiales a los más complicados, escritos para los conocedores y los eruditos), del cine y de alguna actriz de carne y hueso, de los soldados de plomo, de las pipas, del orden en sus papeles privados y públicos y de las letras, a las que consagró más de cincuenta años de su vida.

En esta ocasión en que me entregan la medalla que lleva su nombre pido que le quitáramos a don Alfonso la túnica griega, la peluca versallesca y las credenciales eruditas, que dejásemos a un lado la parte de su obra que escribió para unos cuantos y nos enfrentáramos a este varón humanísimo, humanísimo porque estaba más próximo al pecado que a la virtud, que en algunos aspectos era tan joven como los jóvenes que hoy en Nuevo León, su pequeña patria, están propiciando un nuevo renacimiento de las letras. ■



"A José Vasconcelos. Alfonso Reyes", 1924